


bam
bú

LA TU NELA DORA



Seleccionado para la exposición
«The White Ravens 2007» (Bologna)

11ª EDICIÓN

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2006, Fernando Lalana
© 2006, Editorial Casals, S. A.
Tel. 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de cubierta: Francesc Punsola

Undécima edición: junio de 2013
ISBN: 978-84-8343-006-4
Depósito legal: M-43.528-2011
Printed in Spain
Impreso en Edigrafos, S. A., Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Lunes, 1 de marzo de 2004 _____	7
Los Olmedo _____	9
Diana Salmuera _____	20
Un ripio _____	30
Ascen _____	34
Marino Espuertas _____	41
Martes, 2 de marzo de 2004 _____	53
El fin de la claridad _____	55
Perforaciones _____	58
Souto _____	76
Ciudad Jardín _____	81
La bestia _____	99
Un crimen _____	103
Como un gusano _____	129
El cojo _____	159
Burbujas _____	186
Las ratas _____	188
Domingo, 7 de marzo de 2004 _____	197
Día de visita _____	199
Clio _____	208

Los Olmedo

–Hola. Soy Fermín Escartín, detective privado. Ustedes deben de ser los señores Olmedo, ¿no?

–Eeh... en efecto, sí –me responde el hombre, estrechando mi mano, tras una clara vacilación, mientras su esposa pasea una aprensiva mirada por las instalaciones del mesón La Comadreja Parda, donde acabamos de encontrarnos.

Se trata de un matrimonio de mediana edad y mediana estatura. De pueblo, seguro. Con posibles, casi seguro. No hay más que ver el abrigo de zorro sintético que luce la señora. A mí no se me escapa ni una.

–Disculpen que los haya citado en este establecimiento pero estoy de pintores en mi oficina y no era cuestión de atenderlos entre escaleras, brochas y rodillos. ¿Qué les apetece tomar?

–No, nada, gracias...

–¡Vamos! –insisto–. La gran ventaja de haber quedado

en un bar es que podemos tomar el aperitivo mientras me van poniendo al corriente de su problema. La especialidad de la casa son los guardiaciviles.

–¿Eh?

–Montaditos de sardina rancia. Están de muerte. ¿Les pido uno a cada uno?

–¡No! –exclama la señora Olmedo, claramente alterada–. No se moleste, señor Escartín.

Puedo ver el asco dibujado en su mirada, así que trato de tranquilizarla.

–Señora, ya sé que, a primera vista, este local no resistiría la visita ni del más indulgente de los inspectores de Sanidad pero puedo asegurarle que, en cuarenta y dos años de ejercicio profesional, mi amigo Nemesio, propietario de La Comadreja Parda, no ha tenido que responder ante la justicia del fallecimiento por intoxicación de ninguno de sus parroquianos. Míreme a mí, que llevo almorzando aquí toda mi vida y estoy sano como un olmo.

–Como un roble, será –me aclara la mujer–. Los olmos han muerto en toda España por culpa de una plaga: la grafiosis.

–¿Qué me dice? ¿Está segura de eso?

–Claro que lo estoy. El apellido de mi marido es Olmedo. Olmedo, que significa ‘bosque de olmos’.

Tiene razón la señora: Olmedo, bosque de olmos. Y pensar que yo, hasta hace unos años, me dedicaba a enseñar estas cosas... Creo que estoy olvidando todo lo que aprendí. Quizá necesito borrar por completo mi vida anterior.

–¡Anda, bosque de olmos! –exclamo–. No había caído.

En fin..., la verdad es que yo, de cosas del campo, ando bastante verde. Sea como sea, insisto en que aquí, en La Comadreja Parda, su salud no corre peligro alguno. ¿Le apetece un huevo cocido con mayonesa casera, señora? ¿O unas madejicas de cordero?

La mujer traga saliva e intenta dibujar una sonrisa de circunstancias con sus labios pintados de rosa intenso.

–No, de veras. La verdad es que, desde anteayer, mi marido y yo prácticamente no hemos podido probar bocado.

–Como quiera... ¿Y usted, señor Olmedo? ¡No me haga este feo, hombre, que invito yo!

–Ya que insiste... tomaré una cerveza.

–¿Caña?

–No, no. Botellín. Sin vaso.

–Muy bien. ¡Nemesio, un tercio de ámbar para el señor! ¡Para mí, un guardiacivil con sabañones!

–¿Sabañones?

–Con picante –aclaro, ante el sorprendido gesto del matrimonio.

Les invito a sentarse en una mesa cercana pero la mujer se resiste de nuevo a seguir mis indicaciones.

–Disculpe, señor Escartín, pero... hablar aquí, en un lugar público, de un tema tan delicado como el que venimos a contarle, la verdad, no me parece...

–No se preocupe, señora –intercepto, pleno de reflejos–. Vamos a sentarnos en la mesa del fondo, justo debajo del televisor y le digo a Nemesio que suba el volumen del aparato. Así no habrá forma humana de que nadie entienda lo que hablamos. ¿Le parece?

–Bueno. Siendo así...

–Además, quiero confesarles una cosa: lo de los pintores en mi oficina... es una tapadera.

–¿Ah, sí?

Bajo el tono y les hablo de perfil, como los detectives de película de serie B.

–En realidad, no son pintores de brocha gorda sino empleados de una empresa japonesa de seguridad electrónica. Hacen como que pintan pero, realmente, están rastreando toda la casa en busca de micrófonos ocultos. Tengo la sospecha de que me vigilan.

–¿Quién le vigila? –pregunta el marido.

–¡Uf! ¡Vaya usted a saber! El Pentágono, Hacienda, el servicio secreto israelí, Al Qaeda... Los asuntos que he tenido que investigar son tantos y tan variados que las posibilidades son infinitas.

Vociferando como entrenadores de fútbol para hacernos entender sobre las noticias del telediario, los Olmedo me ponen al corriente de los acontecimientos que les han impulsado a solicitar mis servicios como investigador.

–Nuestro hijo Andrés ha desaparecido. Hace tres días que no sabemos nada de él.

¡Dios mío, qué bajo he caído! Todo un primer espada de la investigación como yo buscando la pista de adolescentes huidos de su casa. Pero los garbanzos son los garbanzos y si pueden ser con trocitos de huevo duro, mejor.

–Entiendo. ¿Qué edad tiene su hijo?

–Treinta y un años.

La sorpresa hace que me muerda la lengua y, al instante, un río de gruesos lagrimones resbalan por mi mejilla izquierda.

—¿Llora usted, señor Escartín?

—No puedo evitar implicarme emocionalmente en los casos que llegan a mis manos —digo, sonándome los mocos y aprovechando para acariciarme disimuladamente el dolorido músculo—. Y díganme: ¿No han pensado en la posibilidad de que su hijo haya desaparecido de forma voluntaria? Lo digo porque en nuestra primera conversación telefónica saqué la impresión de que se trataba de alguien mucho más joven; pero comprendan que una persona de la edad de su hijo ya es mayorcito y muy libre de llevar la vida que quiera.

—No creemos que haya decidido marcharse sin avisar.

—El viernes acudió a su trabajo por la mañana y ya no hemos vuelto a saber de él. Estamos muy preocupados, claro. Todas las noches nos llamaba por teléfono, sin faltar una.

—Nosotros vivimos en Villadoz, ¿sabe usted?

—¡Ah, Villadoz, Villadoz...! ¡Qué bella localidad!

—¿La conoce, señor Escartín?

—¡Ejem...! El caso es que me suena pero...

—Cerca de Badules. En la comarca del Campo Romanos.

—¡Ah, claro! Badules, Romanos..., ¡qué bellas localidades! —exclamo lo más amablemente que puedo, pese a que no he oído hablar de semejantes lugares en toda mi vida.

—Anteayer intentamos localizarle sin éxito durante todo el día.

–¿A mí?

–A nuestro hijo.

–Ah.

–Y tampoco él nos llamó por la noche.

–Fíjese: dos noches seguidas sin llamar. Eso no lo había hecho jamás. De modo que ayer, domingo, vinimos desde el pueblo en el coche de línea.

–Lo primero que hicimos fue acudir a su piso y, tal como sospechábamos, no hallamos rastro de él.

–¿Del piso?

–¡De nuestro hijo!

–¡Ah, claro! Ya me parecía raro que hubiese desaparecido el piso. ¡Je! A ver, díganme, ¿echaron algo en falta? ¿Había signos de violencia? Como si hubiesen entrado a robar o algo por el estilo.

Los Olmedo se miran un momento. El padre baja la vista. Habla la madre.

–El piso estaba ordenado. Andrés es... muy ordenado. Es tan ordenado que a mí, a veces, hasta me crispa un poco los nervios. Y... en cuanto a sus cosas... echamos en falta mucha ropa de los armarios.

–Quizá nos enfrentamos a un ladrón de ropa –aventuro–. Curioso, en verdad.

–Faltaba también una maleta.

Se produce entonces un incómodo silencio.

–Supongo –les digo– que habrán tenido en cuenta la posibilidad de que... su hijo decidiese salir de vacaciones o ponerse en viaje inesperadamente.

–Él nunca haría eso –me responde el señor Olmedo–.

Nunca se marcharía sin avisarnos. Además... no le gusta viajar. Nunca viaja. Nunca.

–Le ha tenido que ocurrir algo malo –asegura finalmente la señora Olmedo–. Seguro, seguro. Andrés no habría hecho semejante cosa.

Yo voy tomando nota mental de todo, entre bocado y bocado al guardiacivil con sabañones.

–¿Han acudido a la policía?

–Eso fue lo primero que hicimos. A media mañana ya estábamos en jefatura, pero pasamos allí todo el día sin conseguir que nos atendiesen.

–¿Qué me dice? ¿La policía no quiso atenderles?

–Bueno... hicimos la denuncia, desde luego; pero no vimos que tuvieran el menor interés en encontrar a nuestro hijo. A eso me refiero.

–Ya, claro... Si no hay indicios que hagan pensar que su hijo ha desaparecido de forma involuntaria, no es fácil que se ponga en marcha una investigación.

–¿Y eso por qué? –pregunta la mujer.

–Comprenda, señora, que los medios policiales son limitados. Son muchos los delitos que se cometen a diario en una ciudad como Zaragoza y no es posible destinar agentes a investigarlos todos. Así que se limitan a intentar atender los más graves o los más evidentes. Por otro lado, muchas desapariciones son voluntarias y se resuelven por sí mismas en uno o dos días.

El señor Olmedo hace rechinar los dientes, poniéndome la carne de gallina.

–En efecto, después de pasar allí todo el día, eso fue lo

que vinieron a decirnos: que, de momento, mientras no tengamos otros datos, a la desaparición de nuestro hijo ni siquiera se le puede dar la consideración de delito y que, por ahora, se iban a limitar a abrir un expediente y a esperar a que aparezca casualmente algún indicio.

–Su cadáver, por ejemplo –digo, ante lo cual, el matrimonio me mira, espantado–. ¡Je! Que es broma...

–Por eso estamos aquí –completa la mujer, tras una nueva pausa–. Consultamos las páginas amarillas y le elegimos a usted sin dudar ni un momento.

Al punto, siento cómo mis intestinos se esponjan de satisfacción.

–Normal. Modestia aparte, estoy considerado como uno de los mejores detectives privados de la ciudad.

–¿Ah, sí? ¡Qué bien! En realidad, nos inclinamos por usted porque era el más barato.

Sinceramente, odio a la gente sincera.

–Sí, eso también. Creo que unas tarifas ajustadas son la mejor propaganda del trabajo bien hecho. Además, si no resuelvo el caso, no les cobraré nada.

–¿Nada de nada?

–Exclusivamente los gastos. Es mi oferta de marzo. Cada mes una oferta diferente, como las compañías telefónicas. Es que la competencia está durísima y, como no espabilas, estás más perdido que las Filipinas. Ya que hablamos de gastos, lo habitual es cobrar un pequeño adelanto a cuenta. Con trescientos euros bastará, por el momento. En fin, vamos a lo que importa, que es el paradero de su hijo. Necesitaré sus datos y una foto reciente.

La señora Olmedo, de inmediato, me entrega una carpetilla de cartón, mientras su marido saca de la cartera seis billetes de cincuenta.

—Aquí tiene todos los datos personales de Andrés y la foto más reciente de que disponemos. Hemos hecho una docena de fotocopias, por si necesita repartirlas entre posibles testigos. Aquí tiene también la dirección y las llaves de su piso, por si quiere echarle un vistazo. Como ya le hemos dicho, no hemos notado nada extraño ni fuera de lugar pero, claro, es posible que usted vea cosas que nosotros hemos pasado por alto.

—No le quepa duda, señora. Acaban de contratar ustedes a un profesional.

—Le he puesto también en lo alto de la página el número de su teléfono móvil, que parece estar apagado o fuera de cobertura, y los datos de su trabajo: el nombre de la empresa, de sus jefes inmediatos... En fin, todo lo que mi marido y yo hemos considerado que podía serle de interés para iniciar la búsqueda de Andrés.

—¡Ah! Muy bien, muy bien. ¡Caramba, están ustedes en todo! Me siento abrumado. Parece que les ocurra algo como esto cada dos por tres.

—Le aseguro que es la primera vez —me dice el padre del desaparecido, con una expresión feroz.

—No, claro, ya, ya... Disculpen. De la conversación que hemos mantenido deduzco que su hijo está soltero.

—Así es.

—¿Novia?

—No.

–¿Algún amigo aquí, en la ciudad?

El matrimonio carraspea en estéreo. La madre clava la vista en el mantel de papel.

–No, que nosotros sepamos.

Abro el sobre y deslizo el dedo por el borde de los documentos que contiene.

–Me leeré todo esto lo más rápidamente que pueda, por supuesto, pero díganme ya una cosa... ¿En qué trabaja su hijo?

–Es ingeniero industrial. Trabaja hace ya seis años en Fomento de Perforaciones, una empresa de construcción especializada en obras subterráneas. Es el principal responsable de una tuneladora.

–¿El qué?

–Una tuneladora, una de esas máquinas enormes que van agujereando el subsuelo de la ciudad, abriendo los túneles del metro.

–Ah, ya, ya..., una tuneladora, nada menos. ¡Qué cosas!

Tras despedirme de los señores Olmedo y prometerles un informe diario de mis progresos en la localización de su hijo, se me acerca Nemesio, el dueño de La Comadreja Parda.

–He visto que esos dos te han pagado un buen dinero, así que imagino que podrás ponerte al día.

–¿A qué te refieres?

–No te hagas el tonto conmigo, Fermín. Me refiero a que me debes sesenta y seis euros de comidas y consumiciones varias.

Sin perder la compostura, saco dos billetes de cincuenta y se los tiendo.

–Cóbrate.

–Estupendo –dice un sonriente Nemesio, tomando el dinero–. ¿Te incluyo ya el menú de hoy? Tenemos garbanzos de ayuno o macarrones con tomate y, de segundo, tortilla de escabeche o huevos revueltos con atún.

–No, Nemesio. Estoy de tus tortillas de escabeche hasta la línea de las cejas. Hoy tengo pasta y me voy a Casa Emilio, a comer merluza a la vasca.

–Como quieras, pero te la darán congelada porque es lunes y no hay mercado de pescados.

–¿En serio? Si es que estoy gafado... Entonces, me quedo. Garbanzos y tortilla, por favor.